

### CAPÍTULO III

#### JÓVENES ILUSTRES

No os orgullezcáis de los títulos de vuestros antepasados, ¡valientes jóvenes! pues les pertenecen á ellos, y no á vosotros; cuando vuestras virtudes hayan igualado á su fama podréis legítimamente apoyaros en la misma, porque pueden soportar el peso fácilmente; pero hasta entonces los más grandes no son sino caballeros en ciérne. — BEN JONSON.

La juventud de una nación es la depositaria de la posteridad... La historia de los héroes es la historia de la juventud. — LORD BEACONSFIELD.

Un hombre joven de edad puede tener experiencia de viejo, si no ha perdido tiempo. Pero esto sucede rara vez. Generalmente la juventud es como las primeras reflexiones, que no son tan sensatas como las siguientes. Por que hay una juventud para los pensamientos lo mismo que para las edades. Pero sin embargo, la inventiva de los jóvenes es mas viva que la de los ancianos. Y las ideas fluyen mejor de su espíritu y más maravillosamente. — BACÓN.

El mundo es en su mayor parte joven. Niños, muchachos y muchachas, mancebos y doncellas, constituyen la mayor parte de la sociedad. De aquí proviene la importancia que damos á la educación, La juventud es la época del crecimiento y desarrollo, de la actividad y de la vivacidad, de la imaginación y del impulso. Las semillas de la virtud sembradas en la juventud

crecen, produciendo buenas palabras y actos, y á veces se convierten en hábitos. Cuando el espíritu y el corazón no han sido debidamente cultivados en la juventud, puede uno observar la llegada de la virilidad con desaliento, si no con desesperación. Southey dice: «Vivid todo lo que queráis; los primeros veinte años son la mitad más larga de nuestra vida. Parécenlo así mientras pasan; parece que lo han sido cuando los vemos alejarse, y ocupan más sitio en nuestra memoria que todos los años que les siguen».

Todo ser humano contiene en sí el tipo de un hombre perfecto, conforme al cual lo ha formado el Creador; así como el pedazo de mármol contiene la imagen de un Apolo, con arreglo al cual un escultor hará una estatua perfecta. El fin de la educación es desarrollar los mejores gérmenes de la naturaleza del hombre, como el del escultor es sacar la estatua del pedazo de mármol.

La educación principia y acaba con la vida. Desde este punto de vista, difiere del trabajo del escultor. No hay solsticio en el desarrollo del hombre. El cuerpo puede permanecer el mismo en su forma y en sus rasgos, pero el espíritu cambia constantemente. Los pensamientos, los deseos y los gustos se modifican por gradaciones insensibles de año en año, y el objeto de la educación es ó debe ser desarrollar las mejores formas ó modos de ser. Pero conocemos poco las circunstancias que determinan el desarrollo de la inteligencia, y menos todavía las que influyen en el corazón. Sin embargo, las tendencias del carácter se dibujan generalmente temprano. Un acto de la voluntad, una expresión del gusto, hasta una mirada viva, levantan á veces una punta del velo que cubre el espíritu

juvenil, y dan una vislumbre del hombre futuro. Al mismo tiempo, la sabiduría y el amor de la sabiduría no van necesariamente acompañados de un gusto puro, de buenas costumbres ó de las virtudes sociales que son esenciales á la formación de un carácter elevado.

Sin embargo, no hay ley precisa y absoluta en esta materia. Un obispo muy conocido ha dicho que « los pequeños corazones y los grandes cerebros son producidos por muchos modos de educación ». Al mismo tiempo el cultivo concienzudo de la inteligencia es un deber que todos tienen para consigo mismos y para con la sociedad. A veces, esperando largo tiempo y trabajando diligentemente con paciente perseverancia en el cumplimiento del deber, es como podemos esperar obtener alguna ventaja permanente. La cabeza debe estar siempre cerca del corazón, para permitir á las más elevadas facultades intelectuales que producen efecto saludable. « En realidad, dice Emerson, la vida del hombre es una verdadera novela, que cuando se la dirige con valentía proporciona á la imaginación mayor goce que cualquiera ficción ».

La diferencia de la edad en que el hombre despliega la facultad de pensar y alcanza madurez de juicio y hasta de imaginación, es muy notable. « Hay algunos, dice Bacón, que tienen una madurez muy precoz, que pronto se agota »; lo que viene á ser la traducción de las palabras de Quintiliano: « *Inanibus aristis ante messem flavessunt* ». Esto es verdad cuando se trata de niños precoces que manifiestan maravillosa ciencia en la más tierna juventud, pero de los que no se oye nada cuando llegan á su madurez. La precocidad no es á veces sino una enfermedad,

la excitación de un organismo endeble y nervioso ó la actividad excesiva de un cerebro delicado. El niño Heineken de Lubeck aprendió la mayor parte del Antiguo y Nuevo Testamento á los dos años, sabía hablar latín y francés á los tres, estudió religión é Historia de la Iglesia á los cuatro; y por último, siendo muy excitable y enfermizo, cayó enfermo, y murió á los cinco años. Podrían decirse de este niño las palabras de Bacón, que « el carro de Faetón no anduvo sino un día ».

Los padres y los maestros olvidan á veces que la función propia del niño es *crecer*, que el cerebro no puede en sus tiernos años ser sobrecargado, sin serio perjuicio de la salud física; que el cuerpo, músculos, pulmones y estómago deben consolidar primero su salud, y que el cerebro es uno de los últimos órganos que llegan á la madurez. Así, en la juventud, la digestión es de mayor importancia que el pensamiento; el ejercicio es necesario para la cultura mental, y la disciplina es mejor que la sabiduría. Muchos son los casos de niños precoces que sólo florecen para secarse, y que terminan su jornada en cortos años. El esfuerzo de su sistema nervioso es mayor de lo que su constitución física puede soportar, y mueren casi tan pronto como empezaron á vivir. Niños y niñas permanecen hoy día demasiado tiempo sentados, leyendo, estudiando y recitando; su cerebro está sobrecargado, y su cuerpo lo está muy poco. De aquí vienen dolores de cabeza, insomnios, irritabilidad, y á veces debilidad y enfermedades.

No sólo están privados los jóvenes del uso propio de sus manos y dedos, sino hasta del de sus ojos, y la generación que se prepara va creciendo con las ma-

nos torpes y la vista miope. La educación no consiste en introducir cierta cantidad de materia en el cerebro, sino en hacer que se manifiesten la inteligencia y el carácter. El mejor modo de formar el espíritu es enseñar á los niños y niñas á emplear sus facultades, lo cual incluye necesariamente el ejercicio de su sistema físico. Si se atendiese más á éste, habría menos quejas de exceso del trabajo para el cerebro de los niños.

Hay, sin embargo, algunos niños menos débiles, especialmente niños que resisten á la peligrosa influencia de la sobreexcitación, y que viven para realizar las promesas de su juventud. Esto se observa especialmente en los grandes músicos. Pero en este caso no hay violencia, pues el arte viene naturalmente, y sólo causa una excitación agradable.

Tal fué, en particular, el caso del gran maestro Hændel, que compuso una colección de sonatas cuando sólo tenía diez años. Su padre, que era médico, lo destinaba al estudio de las leyes, y le prohibió tocar un instrumento músico. Hasta evitaba el mandar al niño á una escuela pública, á fin de que no le enseñasen solfeo. Pero la pasión del joven por la música no podía ser contrarrestada. Halló medio de procurarse un clavicordio mudo, que escondió en un zaquizamí, é iba á ejercitarse en el mudo instrumento mientras todos dormían. El duque de Sajonia-Weissenfels se enteró al fin de la pasión del muchachuelo, é intercedió con su padre. Sólo entonces se le permitió seguir la inclinación de su genio. A los catorce años Hændel tocaba en público; á los diez y seis puso en música el drama de *Almería*, y en el año siguiente produjo *Florinda* y *Nerón*. Estando en Florencia, com-

puso á los veintiún años su primera ópera *Rodrigo*, y en Londres, á los veintiseis, produjo su famosa ópera *Rinaldo*. Siguió produciendo sus obras, óperas y oratorios, y en 1741, á los cincuenta y siete años, compuso su gran obra *El Mesías*, en el espacio de veintitrés días. En el caso de Hændel, la precocidad del niño no causó detrimento á las composiciones del hombre, pues sus mejores obras fueron producidas tarde, entre los cincuenta y cuatro y los sesenta y siete años.

Fué Haydn un músico casi tan precoz como Hændel, pues había compuesto una misa á los trece años; sin embargo, los frutos de su genio más vivo fueron sus últimas composiciones, pasados ya los sesenta años. *La Creación*, que es probablemente su mejor obra, la compuso á los sesenta y cinco años. Juan Sebastián Bach tuvo casi tantas dificultades que vencer como Hændel para adquirir conocimientos en la música. Su hermano mayor, el organista Juan Cristóbal, estaba envidioso de él, y escondió un libro que contenía una colección de piezas de los mejores compositores de clavicordio. Pero Sebastián descubrió el libro en un armario, donde estaba encerrado, se lo llevó á su cuarto, y lo copiaba de noche á obscuras, con sólo la luz de las noches de verano, y á veces con la de la luna. Su hermano descubrió al fin la obra secreta, y se llevó el libro y la copia. Pero ni las dificultades, ni los obstáculos podían contrarrestar la fuerza del genio del muchacho. A los diez y ocho años lo encontramos de músico de la corte en Weimar; y desde aquel momento fueron rápidos sus progresos. No tenía más que un rival como organista, y éste era Hændel.

Pero de todos los prodigios musicales, el mayor fué

Mozart. Parece haber tocado por intuición. A los cuatro años componía arias antes de saber escribir. Dos años después escribió un concierto para piano. A los doce años compuso su primera ópera *La Finta Semplice*. Aun con tan corta edad no podía hallar rival en el piano. Los profesores de Europa se quedaban asombrados al ver á un niño que improvisaba fugas sobre un tema dado, y después corría alrededor de la habitación en el bastón de su padre. Mozart fué un niño prodigio, que su padre exhibió en las principales ciudades de Europa, donde todos lo admiraron con su casaquita de color de pulga, su calzón de terciopelo, sus zapatos de hebillas y su larga y flotante cabellera rizada y atada por detrás. Su padre sacó gran cantidad de dinero con el genio del niño. Sin miramiento por su salud, que era extremadamente delicada, le hacía tomar alimentos excitantes. Sin embargo, el niño manifestaba una alegría ruidosa cuando se hallaba en buena salud. Aunque era un maestro en música, era un niño en todo lo demás. Su ópera *Mitridates*, compuesta á los catorce años, fué representada veinte veces; y tres años después su *Luco Sila* tuvo veintiséis representaciones sucesivas. Fueron estas óperas seguidas de otras grandes obras, *Idomeneo*, escrita á los veinticinco años; *Figaro*, á los treinta; *Don Juan*, á los treinta y uno; la *Clemencia de Titó* y *Zauberflote*, á los treinta y cinco, y el *Requiem*, á los treinta y seis. Escribió esta última obra en su lecho de muerte. Murió en 1792, agotado por un trabajo duro, ó mejor dicho irregular, y por una excitación excesiva. El compositor del *Requiem* dejó apenas para su entierro.

Beethoven no fué tan precoz como Hændel ni Mo-

zart. Su música fué en cierto modo inculcada por su padre, que deseaba hacer de él un prodigio. El joven Beethoven tocaba en público, y compuso tres sonatas á los trece años; pero sólo después de los veintiún años empezó á producir las grandes obras en que estriba su fama.

Muchos de los demás compositores alemanes dieron temprano señales de su genio musical. Winter tocó en la capilla de la reina de Baviera á los diez años, y produjo su primera ópera *Belerofonte*, á los veintiuno.

Wéber, á pesar de ser un niño muy travieso, tenía maravillosa capacidad para la música. Sus seis primeras fugas fueron publicadas en Salzburgo cuando sólo tenía doce años. Su primera ópera *Das Waldmädchen* (*La joven de la selva*), se representó en Viena; Praga y San Petersburgo cuando tenía catorce años, y compuso misas, sonatas, tríos para violín, canciones y otras obras, desde esta época hasta los treinta y seis años, en que produjo su ópera *Der Freischütz*, que elevó su reputación á la mayor altura. Mendelssohn aprendía á tocar casi antes de aprender á hablar. Escribió tres cuartetos para piano, violín y violonchelo, antes de cumplir once años. Su primera ópera *Las bodas de Camacho*, fué escrita á los diez y seis años; su sonata en *si bemol*, á los diez y ocho; su *Sueño de una noche de verano*, antes de los veinte; su *Sinfonía de la Reforma*, á los veintidós; y todas sus demás obras desde esta edad hasta los treinta y ocho años, en que murió.

Meyerbeer fué otro prodigio musical. Era excelente pianista á los nueve años. Empezó á componer á los diez años, y á los diez y ocho se representó pública-

mente en Munich su primera obra dramática, *La hija de Jefté*; pero sólo á los treinta y siete años produjo su gran obra *Roberto el Diablo*, que le conquistó reputación universal.

En la *Vida de Schiller*, de Carlyle, encontramos una curiosa nota acerca de Daniel Schubart, músico, poeta y predicador: « lo emprendía todo, pero todo lo dejaba al poco tiempo ». Su vida fué una serie de violentos accesos de estudio, pereza y desenfreno. Sin embargo, fué un hombre de extraordinarias facultades: excelente músico, gran predicador y buen editor de periódicos. Fué sucesivamente festejado, encarcelado y desterrado. Después de revolotear por la vida como un fuego fatuo, murió á los cincuenta y dos años, dejando á su viuda y á su familia en la miseria. Muy diferente fué Franz Schubert, el prodigio musical de Viena, aunque su vida no fué más afortunada que la de Schubart. Siendo niño tocaba el violín, el órgano y el pianoforte <sup>1</sup>. A los diez y ocho años compuso su popular *Rey de los Olmos*, cuyas notas escribió rápidamente, después de leer las palabras dos veces. Su genio producía las más amables fantasías musicales, como lo prueban abundantemente sus obras publicadas. Se supone que produjo más de quinientas canciones, aparte de las óperas, misas, sonatas, sinfonías y cuartetos. Murió cuando sólo contaba treinta y un años, casi arruinado.

Los compositores musicales de Italia han mostrado los mismos signos precoces de genio. Spontini com-

1. En la actualidad (1900) hay en España un prodigio o niño, Pepito Arriola, que no tiene cuatro años, y toca el piano y compone admirablemente. — (N. del T.)

puso su primera ópera *I Puntigli delle Done* á los diez y siete años, y su éxito completo divulgó su fama por Italia. Cherubini compuso á los trece años una misa y un motete que produjo gran sensación en Florencia, su ciudad natal. Paisiello compuso un entremés cómico á los catorce años, y á los veintidos una ópera para el principal teatro de Bolonia. Cimarosa, el hijo de un zapatero, escribió la *Baronesa Stramba*, su primera obra musical, á los diez y nueve años. Paganini tocaba el violín á los ocho años, y compuso una sonata á la misma edad. El padre de Rossini tocaba el corno en una compañía de artistas ambulantes, en la que era su madre actriz y cantante de segundo orden. A la edad de diez años Rossini tocaba el corno con su padre. Después cantó en los coros para que se educase y formase su voz; á los diez y ocho años compuso *Cambiale di Matrimonio*, su primera ópera, y tres años después su *Tancredo*, que extendió su fama por Europa.

Los compositores franceses Boieldieu, Grétry y Halévy dieron indicios de genio musical en edad temprana. Boieldieu escribió su primera ópera en un acto á los diez y ocho años. Las canciones de Grétry eran cantadas por todas partes cuando su autor tenía veinte años. A la misma edad obtuvo Halévy el primer premio por su cantata de *Hermione*. Aunque los ingleses no se han distinguido todavía en la composición musical, Purcell compuso algunas de sus mejores antifonas cuando era seise en Westminster. Crotch tuvo una precocidad que no tardó en agostarse. Aunque tocaba el órgano á los cuatro años, no hay casi una sola nota de sus composiciones musicales que no la deba á sus predecesores ó contemporáneos. Los dos

Wesleys fueron precoces. Carlos tocaba el piano á los tres años, y su madre solía atarlo á la silla para que no se cayese. Balfé compuso su *Lover's Mistake* (*La equivocación del amante*), cuando sólo tenía nueve años, y madame Vestris cantó dicha obra con gran aplauso en *Paul Pry*.

Es de notar que no hay ejemplos de precocidad musical, ni aun de genio musical, entre las niñas. Puede haber habido prodigios, pero se han reducido á nada. No ha habido una Bach, ni una Hændel, ni una Mozart. Y sin embargo, hay centenares de niñas por cada niño que estudia música, y no tienen tantos obstáculos que vencer como los han tenido á veces los niños. También se ha observado que el genio musical es un genio que consume. Aunque Hándel y Rossini llegaron á viejos, Schubert murió á los treinta y un años, Mozart á los treinta y seis, Purcell á los treinta y siete, Mendelssohn á los treinta y ocho, y Wéber á los cuarenta; parece que estos grandes músicos fueron consumidos por su propio fuego. Rossini escribió su *Guillermo Tell* á los treinta y siete años, y después escribió poco. Su *Stabat Mater* fué compuesto á los cincuenta años. Fué un hombre prudente, pues supo pararse á tiempo.

La vida de los pintores y escultores ofrece muchos ejemplos de precocidad. El mayor de todos los ejemplos, la vida de Miguel Angel, demostró la tendencia de su genio. Lo enviaron al campo cuando era niño, para ser criado por la esposa de un albañil; lo cual le hizo decir, años después, que había mamado la afición al martillo y al cincel con la leche de su nodriza. Desde sus primeros años manifestó una intensa afición al dibujo. Tan pronto como pudo hacer uso de

sus manos y dedos, cubrió las paredes de la casa del albañil con sus dibujos, y cuando volvió á Florencia, continuó su costumbre en los suelos de la casa de su padre. Cuando fué á la escuela, hizo pocos progresos en las letras, pero continuó infatigable en el uso de su lápiz, pasando gran parte del tiempo en frecuentar los talleres de los pintores. Estando entonces desacreditada la profesión de artista, su padre, que pertenecía á una antigua é ilustre familia, empleó primero la persuasión moral con su hijo Miguel, y no obteniendo éxito, el castigo corporal. Declaró, encolerizado, que ningún hijo suyo sería nunca un miserable cortador de piedra. Pero todo fué en vano; el niño quería ser artista, y nada más.

El padre fué vencido, por último, y consintió de mala gana en ponerle de aprendiz con Ghirlandaio. Es evidente que mientras tanto habría hecho progresos considerables, pues su maestro estipuló en el contrato (impreso en las *Vidas* de Vasari) que pagaría una remuneración mensual á su padre por los servicios de su hijo. Los adelantos del joven Buonarroti fueron tan rápidos, que no sólo sobrepujó á los otros discípulos de su maestro, sino al maestro mismo. Pero la vista de las estatuas en los jardines de Lorenzo de Médicis inflamaron su ánimo hasta el punto de que, en vez de ser pintor, resolvió consagrarse á la escultura. Sus progresos en este ramo del arte fueron tales, que á los diez y ocho años ejecutó su bajorelieve *La batalla de los Centauros*, á los veinte años su célebre estatua *El Cupido dormido*, y poco después su gigantesca estatua de mármol *David*. Volviendo al arte de la pintura, produjo algunas de sus mejores obras en poco tiempo. Antes de cumplir los veintinueve años

había ya pintado un cartón representando un incidente de las guerras de Pisa, donde un cuerpo de soldados sorprendidos en el baño salen á rechazar el enemigo. Benvenuto Cellini ha dicho que ninguna de sus siguientes producciones llegó nunca á igualar el mérito de esta obra.

Rafael fué otro joven maravillosamente precoz, aunque su padre, al revés del de Miguel Angel, le alentaba á cultivar su genio. Era ya eminente en su arte á la edad de diez y siete años. Dicese que sintió la inspiración al contemplar las grandes obras de Miguel Angel que adornaban la Capilla Sixtina en Roma. Con el candor natural de un elevado espíritu, dió gracias á Dios por haber nacido en la misma época que tan gran artista. Rafael pintó su *Escuela de Atenas* á los veinticinco años, y su *Transfiguración* á los treinta y siete, edad en que murió. Su cuadro fué llevado en el cortejo fúnebre á su tumba en el Panteón, y aunque lo dejó sin acabar, es considerado como la más hermosa pintura del mundo.

Leonardo de Vinci dió temprano pruebas de su notable genio. Era hábil en aritmética, música y dibujo. Siendo discípulo de Verrocchio pintó un ángel en un cuadro de su maestro *El bautismo de Cristo*. Tan exquisitamente lo pintó, que Verrocchio se juzgó tan inferior á su discípulo, que desde entonces abandonó la pintura desesperado. Cuando Leonardo llegó á la edad madura, fué considerado como un genio casi universal. Era tan gran matemático, como arquitecto, ingeniero, músico y pintor.

Cuando Guercino no tenía más que diez años pintó una figura de una Virgen en la fachada de la casa de su padre, pintura que fué muy admirada y que de-

mostraba el genio de que dió después tantas pruebas. El Tintoretto era tan hábil con su lápiz y su pincel, que envidioso de él, su maestro Ticiano, lo echó de su taller. Pero esta conducta, lejos de desanimarle le inspiró tal energía, y trabajó con tanta rapidez, que acostumbraban á llamarlo el *Furioso*, hasta que llegó á ser reconocido como uno de los mayores y más prolíficos pintores de Italia.

Dicen que Canova dió señales de su genio á los cuatro años, modelando un león con un rollo de manteca. Empezó á esculpir en mármol á los catorce años, y desde entonces caminó de triunfo en triunfo. Thorwaldsen esculpía figuras para los barcos cuando tenai trece años, trabajando en el taller de su padre, que era escultor en madera. A los quince años ganó la medalla de plata en la Academia de Artes de Copenhague por su bajorelieve de *Cupido descansando*, y á los veinte obtuvo la medalla de oro por su dibujo *Heliodoro echado del templo*.

Claudio José Vernet dibujaba hábilmente á los cinco años, y antes de llegar á los veinte eran célebres sus pinturas. Pablo Pötter pintó en la Hogue su mejor cuadro, el famoso *Toro* á los veintidos años, y abandonó el pincel antes de los veintinueve. Wilkie dibujaba antes de saber leer y pintaba antes de deletrear correctamente. Pintó su *Feria de Pittlessie*, que contiene más de ciento cuarenta figuras, á los diez y nueve años. Sir Edwin Landseer, pintó á los diez y seis años unos *Dogos riñendo*, cuadro que fué muy admirado y hasta comprado y grabado.

También los poetas, como los músicos y los artistas, han dado en muchos casos indicios prematuros de su genio, especialmente los poetas de carácter sen-

sible, ardiente y apasionado. Los grandes poetas italianos Dante, Tasso y Alfieri, fueron especialmente precoces. Dante lo demostró cuando sólo tenía nueve años, enamorándose apasionadamente de Beatriz, niña de ocho años, y esta pasión precoz fué el principio que decidió de su vida y el manantial de las más sublimes concepciones de su musa. Tasso poseía e mismo temperamento de genio, delicado y tierno; era poeta siendo todavía niño. A los diez años, al ir á reunirse en Roma con su padre, compuso una canción al separarse en Nápoles de su madre y su hermana.

Se comparaba con Ascanio huyendo de Troya con su padre Eneas. A los diez y siete años compuso su *Rinaldo*, en veinte cantos, y á los treinta y uno completó su gran poema de la *Jerusalén Libertada*, que empezó á los veintiuno.

Metastasio, cuando era niño de diez años, improvisaba por las calles de Roma; y Goldoni, el poeta cómico, cuando sólo tenía ocho años, hizo un bosquejo de su primera comedia. Goldoni fué un verdadero pilluelo. Repetidas veces se marchó de la escuela y del colegio para seguir á una compañía de cómicos ambulantes. Sus parientes, de cuando en cuando, le hacían volver y le aconsejaron que estudiase la carrera de leyes, que practicó después en Pisa con éxito considerable; pero la afición á las tablas fué demasiado fuerte para él, y se contrató casualmente después como poeta de una compañía, y continuó escribiendo comedias la mayor parte de su vida.

En cambio Alfieri, á quien algunos han llamado el Byron de Italia, fué uno de los jóvenes más extraordinarios de su tiempo. Como muchos poetas precoces,

fué delicado en su niñez. Era extraordinariamente pensativo y sensible. Cuando sólo tenía ocho años intentó envenenarse en un ataque de melancolía, comiendo hierbas que suponía que tenían cicuta. Pero lo único que logró fué ponerse enfermo. Fué encerrado en su cuarto, después de lo cual fué conducido con su gorro de dormir á una iglesia vecina. « ¿Quién sabe, decía más tarde, si no tengo que agradecer á aquel bendito gorro de dormir, el haber hecho de mí uno de los hombres más llenos de verdad? » Cuando vió Alfieri por vez primera el Océano en Génova, á los diez y seis años, se quedó asombrado. Mientras lo miraba, se iba llenando de indefinibles deseos, y por primera vez se sintió poeta. Pero aunque rico, no había recibido buena educación, y no podía expresar con buenas formas los pensamientos que brotaban en su espíritu. Volvió á sus libros y luego al colegio; después viajó, y corrió de ciudad en ciudad; visitó á Londres, ahogó el tedio y la melancolía en la disipación, y á los diez y nueve años se enamoró perdidamente. Desesperado por no verse correspondido, y casi descorazonado, resolvió morir, pero su criado le salvó la vida. Tranquilo ya, volvió á enamorarse, recibió nuevas calabazas, y entonces se encerró en su casa, se cortó el cabello, y en la soledad á la que se condenó, empezó á escribir versos, lo cual llegó á ser la ocupación de su vida. Su primera tragedia, *Cleopatra*, la escribió é hizo representar en Turin, á los veintiseis años, y en los siete siguientes compuso catorce de sus mejores tragedias.

El genio de Cervantes se manifestó por vez primera en la composición poética. Antes de llegar á los veinte años había ya compuesto varios romances y baladas